aguaviva

revista literaria



NÚMERO ESPECIAL

11N



Todos los beneficios destinados al Sindiato de Inquilinas de Tenerife

aguaviva
revista literaria

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

Ana Marante González
Andrea Sánchez Villamandos
María Gómez García
Sophia Hidalgo Hernández

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Tomás Puertas Cabello

Instagram: @santo_mot

DE LA PRESENTE EDICIÓN Y MAQUETACIÓN

Andrea Sánchez Villamandos en San Cristóbal de La Laguna

PARTICIPAN

Andrea Sánhez Villamandos, Antonio Carmona, Aria Brito, Esther Medina, Eva Martín, Javier Mérida, Laura M. Munuera, Lorena Acosta Iglesias, Manuel de la Rosa Hernández, Manuel Pérez Marrero, Ramiro Rosón, Rosalía Clemente Piélagos, Sebastián Martínez Cardona, Teresa Gubern.

© Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores y autoras. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores y autoras.

© 2026 Revista Literaria Aguaviva. Todos los derechos reservados.

ISSN: 3045-6924

DOI: próximamente

Sumario

Nota preliminar

A propósito de este especial, Andrea Sánchez Villamandos 4

Índice de autores

Andrea Sánchez Villamandos (@moscatransgenica) 5

Antonio Carmona 6

Aria Brito (@ladedebajodelhaya) 13

Esther Medina 16

Eva Martín 23

Javier Mérida 24

Laura M. Munuera (@lmmunuera) 32

Lorena Acosta Iglesias (@lorena.112358) 33

Manuel de la Rosa Hernández 44

Manuel Pérez Marrero 46

Ramiro Rosón 53

Rosalía Clemente Piélagos (@pastanagues_) 61

Sebastián Martínez Cardona 62

Teresa Gubern (@gubernteresa) 64

Nota preliminar
A propósito de este especial,

En 1929 se publica “Una habitación propia” de Virginia Woolf. Año 2026, casi un centenario después, atravesamos una de las mayores crisis de nuestro país, una crisis a la que finalmente se le pone nombres, cuerpos y responsables. Las exigencias son claras: viviendas dignas, expropiación de grandes tenedores, fin de desahucios a personas vulenrables y sin alternativa habitacional, entre otras; pero esta crisis y nuestro hartazgo no se limita al problema de la vivienda, atraviesa todas las esferas de nuestra vida, se extiende como la podredumbre: ¿cómo hablar de vivienda digna sin hablar de seguridad para les migrantes, de la vulnerabilidad de nuestres compañeres racializades y del sur global, de nuestres hermanes del colectivo LGBTIQ+, de la masificación turística, de las personas disca, de la clase obrera, de las mujeres víctimas de violencia machista, el colonialismo, las guerras, la precariedad laboral, el turbocapitalismo o el calentamiento global? Este número especial recoge todas estas preocupaciones a la vez que nos sitúa en el territorio canario, y surge a raíz de la colaboración entre el grupo de Artivistas de Canarias y la *Revista Literaria Aguaviva*, colectivos unidos por un profundo amor a la cultura y el reconocimiento de su carácter emancipatorio y político. Además, querría resaltar nuestro agradecimiento a todas las personas que han decidido aportar su tiempo y obra, y sobre todo destacar nuestro compromiso con todes aquelles que no han podido publicar, pero que sabemos que tienen muchísimo que decir. No nos olvidemos de que nuestro trabajo como artistas, editoras y activistas también debe de consistir en tenderles el altavoz, el papel, el lápiz, los oídos, cuerdas vocales, el respeto, la ternura. La lucha será en comunidad o no será.

Todos los beneficios de este número serán donados al Sindicato de Inquilinas de Tenerife.

Andrea Sánchez Villamandos,
San Cristóbal de La Laguna, noviembre de 2026

Andrea Sánchez Villamandos

Hoy el sol se posó sobre nuestras cabezas

y nosotres decidimos sostener la mirada.

Antonio Carmona,
Ideología

Y aquí estoy

al otro lado de estatuas amenazadas

por palomas amenazadas

por mendigos amenazados

por la cordura de los ojos locos de los obreros

amenazados

por la cordura de los ojos locos de los ejecutivos

amenazados

por otros ejecutivos amenazados

por la cordura de los ojos locos de los hambrientos

amenazados por tumbas.

Y se traiciona la voz de los vencidos.

En este tiempo las telarañas

y el musgo se esconden en la limpieza,

la capitulación transpira sin condiciones

en las conversaciones intrascendentes,

la impiedad ladra

y la dignidad es figurada porque sirvió de alimento

al de la capa negra.

Los expedientes se desangran y las sanciones se clavan

en los hijos del despido.

Huir lejos de la capa oscura, donde

a los vestidos nuevos no los amenacen los harapos

y la sonrisa de piedra encuentre labios de carne.

Huir

donde el orín del miedo no tenga página donde escribirse,

donde los gatos oculten

el retráctil desprecio de sus uñas,

donde ojos asombrados miren desde el papel,

ignorándolo todo, donde haya

dos cerezas y un jarrón; donde yo,

miserable héroe del crepúsculo,

mirando el mar extraviado,

invente un siglo

lejos del extravagante acto de la confesión,

cerca de lectoras de Safo,

del estallido del color de los naipes (sangran las flores);

lejos del odio prendido hace bien poco (fuego nuevo);

del chirrido del hierro en los cambios de vías,

del ruido que no cesa,

de una forma sólo pensada,

de la alquimia del carnaval.

Lejos de la soberbia.

Cerca de la lujuria.

Cerca de la pereza.

Lejos del hambre

y de la abominable gula.

Cerca del son de las madres que marca golpe a golpe,

latido a latido el ritmo y el rumbo. ¡A bogar!,

al son de las madres. ¡A bogar!,

con el primer son; ¡a bailar!

Y cuando cese la música,

que alguien apague la luz.

Del libro C*aballo muta a cebra.* Incluido en *El sueño del Gurugú,* Editorial Cuatro Hojas, 2026.

Informe para Claudio

Todo había acabado.

Hasta los siquiatras pasaban hambre.

A los gatos se les cayeron las uñas,

y los perros echaron a correr

tras el hueso que mueve la mano.

El rey abdicó, y la reina,

¿qué hizo la reina?

Aquella noche un banco

se cambió de esquina.

Habían robado el secreto

del movimiento de las dunas.

Había una guerra

y la estábamos perdiendo.

El papel, quién lo diría, se hizo prescindible,

y la revolución imprescindible.

Faltaba la denuncia, sobraba hambre.

Ahora hemos callado para escuchar las crepitaciones.

Arde la fábrica, mueren las esclavas.

Me vuelvo por donde vine. Me tomo un descanso.

Que tu caravana surque las montañas sin novedad,

que veas nuevos paisajes y que te cruces con fugitivos,

y que te hagas con un fusil y que lo tires y que huyas,

y que subas a un árbol para mirar la redondez del planeta.

Que no te confieses si combates a la usura.

Ya verás cómo te crecen alas.

Si vas a la guerra

verás que es buena hora

para escupir

insultos en sus rostros

de efectos financieros,

en sus islas donde guardan los tesoros.

Quién lo iba a decir:

nos mandan piratas.

Ni tibia, ni calavera, ni parche,

corbata por decir algo,

sin escrúpulos por decirlo todo.

Y nosotros groguis.

Que tu fusil dispare flores y que lo cursi

tenga su sitio en primavera por supuesto;

que el misántropo recoja su paradoja

y recuerde cuando inste a la revuelta

al primer estratega y a la laurisilva.

Que no olvides denunciar y buscar el consuelo

en la piel del árbol.

Y que la nube violeta que te sigue

derrame sus pétalos en tus campos.

Que, por fin,

si descubre un antropólogo

al cabo de unos milenios tu osamenta,

que vea las huellas de tu valentía

y las heridas de tus miedos.

Me encantaría poder decirte:

La vida es dura, muchacho.

Pero se me olvidaría algún detalle

de algún funeral. Por eso callo.

Y callo

porque se me podría olvidar

algún detalle de algún paraíso.

Y callo

para que oigas el silbo gomero

que un chino enseña a una rusa,

y otras armonías.

Te levantas apoyando tus palmas

en la yerba, irguiéndote en Liliput.

Miras las mariposas encargadas

del polen y el chupeteo.

Apuntas y disparas

al corazón de un dólar.

Nos ponemos de acuerdo

para que estos dos versos

figuren en dos poemas:

«La cosa sería preocupante

si sólo ladraran los ejecutivos»,

leímos en el centro del pendón

de los vencidos de Pessoa:

¡Victoria!

Y allí nos quedamos

bajo la sombra de una meta.

Del libro C*aballo muta a cebra.* Incluido en *El sueño del Gurugú,* Editorial Cuatro Hojas, 2026.

Araia Brito,
La espera

Hay un tipo de pesadilla que llaman parálisis del sueño. Cuando vienen los segundos se sienten años.

En el campamento de verano donde trabajo no hay agua suficiente para hacer juegos de agua, dicen, porque el consorcio no manda suficiente al municipio. Durante el campamento del año pasado vivía en Cotillo y tampoco había agua. Recuerdo levantarme y encender el grifo, a la mañana, para lavarme los dientes y que el vacío sonora estridente. Los platos sucios apilados, en una torre infinita, esperando a que los pudiéramos lavar.

La espera.

Esperar en la parada de guaguas a que pase una vacía. Esperar en la cola del barco. Esperar a que te llamen del médico. Esperar en la pequeñísima salita de urgencias, sin aire acondicionado, a que te atiendan. Esperar a que salga agua. Esperar una hora, dos, tres, ocho.

Quedarte quieta y ver cómo otros nombres, otros acentos, otros colores de ojos pasan primero, pasan por delante ti. Quédate quieta y mira como otros nombres se zambullen en piscinas, como se esparcen por aeropuertos frescos y eternos.

Observa como esperan ellos, impacientes y demandantes a que les atiendan en el bar de siempre. Como ponen los ojos en blanco porque el camarero cansado no les puso la paella ya, ahora mismo. Su impaciencia se eleva entre nuestra resignación y es escuchada, con una disculpa, y la cabeza hacia el suelo:

Aquí vamos a otro ritmo.

Él, el camarero, cobra 1500 euros al mes y dos terceras partes se van a pagar un apartamento en Puerto. Es un afortunado porque puede vivir solo, mientras espera a que se muera su abuela para poder heredar una casa de piedra fresca y un par de gavias.

«Estáis aplatandos los canarios» dijo alguien, en algún sitio, muchas veces. Estamos acostumbradas a esperar.

Hoy, en el campamento que trabajo, hicimos excursión en vez de juegos de agua. Nos bajamos al barranco del pueblo y sorteamos las cañas, los tarajales. Escuchamos a los cuervos y a algún aguililla. Un cernícalo nos sobrevolaba, quieto, esperando a ver algún lagarto. Quieto, tan quieto esperaba que pareciera sujetar el cielo.

Me pregunto si nuestra espera sujeta la isla. La ata a algún lugar así como el cernícalo sujeta el cielo.

Paseamos despacio, al ritmo de los niños, que es el ritmo de la vida y nos esparcimos por un barranco antiguo, buscando vaquitas, aplastando barrilla y contando historias.

A la vuelta, barranco arriba, me quedé atrás, rezagada con dos de los niños más pequeños. En esta zona el barranco y el pueblo convergen, hay una valla que lo enmarca. Y por allí se asomó una pareja de algún país lejano con una sonrisa en la cara y una cámara en la mano. Una cámara que colocaron entre ellos y nosotros. Yo andaba con Samuel en un brazo, sujetando tres mochilas y la bolsa de basura y llevando de la mano a Idaira con la otra. Avanzábamos entre las cañas y los tarajales lo más rápido que podíamos para alcanzar al grupo. Apareció la cámara para enmarcarnos a nosotros. Una estampa divertida, curiosa, pintoresca. Así nos ven, como una postal, como el decorado de un paraíso. Me pregunto si hay espacio para la ira en el paraíso o hay que esconderla en la trastienda.

Apareció la cámara entre ellos y nosotros.

Ellos volverán al hotel y podrán darse una ducha, pensé. No es para tanto, me dijo mi madre. Es solo una foto.

La puerta de atrás del paraíso está llena de mierda. Las playas son su pozo negro.

El único parque del pueblo está cerrado desde hace años por algun problema de papeleo. El parque está cerrado pero hacen rutas históricas teatralizadas cada

mes, los adoquines de la plaza están perfectos y hay como cinco restaurantes, dos tiendas de souvenires y ponen música por unos altavoces de increíble calidad. Todo orquestado perfectamente para ellos, para los de fuera. «Es lo único que nos queda» rió Ico, haciéndose la dramática, mientras mirábamos la vaya que nos separa del parque.

Eso sí, nos reímos. La ironía avanza rápidamente entre nuestros dientes y antes de que podamos quejarnos, enfadarnos, llorar o gritar la risa ocupó el lugar, la broma nos sujeta, el humor nos sostiene, así como el cernícalo sostiene el cielo.

«El parque está cerrado desde hace ya *puff*», decía una señora que esperaba en un banco enfrente del parque, «y todavía nos toca esperar un par de años a que lo abran».

Y la llave del agua también. Las guaguas siguen pasando llenas de guiris. El camarero llegó tarde, otra vez, no llegó a tiempo al trabajo para servir la paella porque los clientes se subieron primero a la guagua. Allí se quedó, sentado, esperando al lado de otro que tampoco entró. Los dos con el uniforme de trabajo puesto. Yo tengo coche, soy afortunada.

Mi hermano sigue esperando aquella cita “preferente” del especialista.

Hay un tipo de pesadilla que llaman parálisis del sueño. Cuándo me ataca, he aprendido que, solo tengo que esperar un rato para poder moverme de nuevo. Espero, sujetando el cielo. Espero a que la ira se mezcle con la risa. Espero que entiendan que los niños necesitan un parque, que los enfermos necesitan médicos, que los majoreros necesitamos casas, que la vida necesita agua.

Esperar a que arda algún fuego. A que podamos zambullirnos en nuestra agua. A que las playas estén limpias.

Esperar a que pase la parálisis.

Esther Medina,
Plegaria

Por favor,

no sigan enfermando

la tierra, el mar.

Están matando lentamente

a las islas.

No quiero emigrar...

Deseo alongarme al balcón

y oler la tierra mojada.

Que el salitre sale mi cuerpo

y el canto del canario silvestre

despierte mi corazón.

Por favor,

no sigan enfermando

la tierra, el mar.

No habrá doctora ni doctor

que consiga curar este desastre.

Anhelo respirar aire puro,

agradecerle a mi querida mar

el yodo de sus aguas.

No quiero microalgas

ni plataformas petrolíferas.

No quiero que acaben

con la medicina más preciada.

La calle

Caminó por la calle,

pudo ver la pobreza

y la desesperanza.

Cartones en la acera,

un perro dando calor

a otra persona sin hogar.

Observó la pena

en la mirada que cruzó.

Sentado en un banco

lloró su desconsuelo.

La impotencia se mojó

en la lluviosa noche

de aquel noviembre sin castañas.

Daños

Cardones secos

sobre la tierra.

Muerte sobre muerte.

Áridos lugares

bajo el sol y la luna.

Cardones centenarios

en el olvido.

Los verdugos

miran para otro lado

sin reparar en los daños.

Naturaleza violada, maltratada.

Cardones grises

sobre la tierra.

Mimando la tierra

Labro la tierra que no es mía,
pero respeto porque es poca
la que queda para sembrar
las semillas de la esperanza, de la vida.
Entre los surcos me detengo a pensar
en la poca agua que las nubes nos regalan.
Tanto esfuerzo, dedicación...
El viento decide si los frutos
llegarán hasta mis manos.
La especulación nos deja menos terrenos
para arriesgar otra cosecha.
Sol, agua, ser humano...
Abejas que ayudan a polinizar las flores.
Cuánta vida, deseos, tiempo y trabajo.

Llega la recolección y los precios no ayudan.
Agricultura y pasión para alimentar al planeta.
Sudor, empeño...
Cuando llega el alimento a nuestro plato,
nos olvidamos de dar las gracias
al agua, al sol. A la naturaleza.

Y a veces, casi no recordamos

la textura y el color de la tierra,

las manos que sembraron y las que cosecharon.

Impotencia

Otra noche silenciosa

meditando bajo las estrellas.

Cuánto tiempo sin descanso,

impotente, sin saber qué hacer.

La arena entre sus dedos, fría, húmeda...

Gritó el asesinato de su hermana.

Otra víctima, una mujer más

en la lista interminable.

Eva Martín,
Mejor roja que mal acompañada

No sé la verdad, pero si sé lo que tengo claro.

Sé que el miedo no es un impedimento, no nos asustan los disparos.

Da igual que seas hija única, tienes a tus hermanas de la mano.

Sengre roja compartivos, color tajinaste encarnado.

Hay flores en el campamento, los capullos están del otro lado.

Huele a flores en el campamento sobre suelo asfaltado.

Huele a flores en el campamento y son ustedes las que lo han logrado.

El cuerpo cansado no es flor marchita, el cuerpo cansado es el pueblo que grita.

Nos quieren solas, cansadas y hundidas.

No sé la verdad, pero sí sé lo que tengo claro.

Nos podrán quitar la casa, los podrán quitar la vida, pero que nadie diga que luchamos solas, porque será mentira.

Javier Mérida,
Oxidente

Es herrumbre.

Herrumbre que tiñe los tejados,

las patas de los gatos, el pico

envenenado de las palomas

—indigentes con alas—,

es herrumbre en las lágrimas,

oxidándose en esta parte del mundo.

Es herrumbre

porque ha llovido mucho y nadie

ha secado las heridas, el llanto:

serrín de esta tristeza de metal,

como el gusto de la sangre;

herrumbre que salpica los abrigos

de los habitantes, perlados de sudor,

hacinados en vagones despavoridos

por las venas bajo las ciudades

de Occidente.

Es herrumbre

el adiós que se cae de los puentes

de hierro forjado; herrumbre el motivo

fatal de los suicidas. Las cadenas

que sacuden los presidios, los charcos.

La verdad corroyendo los eslóganes;

herrumbre en las ranuras de los parques.

Todo aquí se oxida. Al aire. Se corrompe,

vil como el vil metal que nos corrompe.

Las nubes que pueblan lentamente

la mañana. Herrumbre.

Es herrumbre

lo que tengo en las manos,

Escombros lo que mis ojos veneran,

la fe, el olvido, el amor: también herrumbre.

El pensamiento calcinado, el corazón deshecho.

Herrumbre la miserable canción de los poetas,

clavada en las entrañas como un puñal,

como una razón implacable de tortura.

Es herrumbre el sueño mal dormido,

el progreso de la vida, el hambre

que se pudre en el estómago vacío.

Es herrumbre el peso de las cosas.

El tiempo que no nace en los quirófanos.

La valentía del papel que todo aguanta.

La tinta, herrumbre líquida que destilan
las palabras de las desoladoras tardes
de la gente sola. Con herrumbre en los hombros.
En los cuerpos donde se esconde el abrazo
mustio de las flores.
Es herrumbre el porvenir indomable.
La ira, el fracaso, el fraude del alma,
es herrumbre.
Herrumbre el volumen de la voz
que todo lo calla.

Quemar reyes

La foto de un rey

no es el rey.

La bandera de un país

no es el país.

El amor de madre

nunca hace patria.

La cara al sol

se quema.

El cogote, también.

Quienes tienen el cogote

rojo

tienen la cara blanca. Limpia.

Perlada también de sombra.

Quienes tienen la cara roja

—en ambos lados de la vergüenza,

bien sea por héroes, heroínas,

próceres, líderes, mártires—

conocen la patética prosodia de un paseíllo,

el épico contorno de una fosa,

el ruido blando, dócil, de los cuerpos

cuando caen juntos unos sobre otros.

La muda complicidad

les hace súbditos.

La foto de un rey,

de cualquier rey

o reina

es una provocación

para quienes conocen

las reglas del fuego.

* * *

Esta España.

Esta de ahora, la de siempre: la de los de siempre,

esa tan diferente en la que todo es igual:

los políticos, los hombres, las mujeres.

Esta España de hormigueros, colmenas,
avisperos y guaridas; de garitos y garitas,
de curas y mis huevos; de puros, vermús,
carajillos, coñacs, cortinas que huelen a humo.

Esta España Chema, Sonsoles, Mateo, Jimena;
la que madruga, la que trasnocha, la insomne
España orfidalesca, diazepanada, ojerosa,
hipocraneal, jurisprudente, hemeroteica.

Esta España de loj quinquis, lor buenordías,
la de la coca, la de las titis, la ranciedad
de tenerte en mis brazos, musitando,
bravatas de horror. De Santa Bótox.

Esta España, rarrarrá, CEOEOEOEOÉ,
la de los “esques”. Esta España con cebolla,
correosa, de yodo a 100. De zasca en zasca.
Y me lo tiro porque me toca. La calva, mostacha.

Esta España ras con ras, como a medias;
esta España con tanga en Benidorm,
atrincherada bajo sombrillas y hamacas,
embadurnada de harina y cremas antisol.

Esta España que grita "¡Viva Yo!", tan onfálica.
Esta narca España, narcicista, juliglesiana.
Esta España del amor, de los andamios,
de boquetes, volquetes y butrones.

Esta España playicampera, barbacoíl.
Esta España kalimotxa y promiscua.
Esta España cateta, autóctona, hipotenusa,
de heladerías masificadas como hospitales.

La España Ray-Ban. La tatuada. La vociferina.
La España bro. La España burundanga.
La que te pone una queja si respiras.
La que te la pone también si no.

Esta España de las cañitas, del cafelito,
de la sobremesa que se alarga canalleando
hasta la última cena y que se joda la parienta:
algo habrá hecho, él era muy buena gente…

Esta España anarrosácea, ikerjiménica, antenatétrica, telecincuense. Esta España del "istagrán", de posturitas y musculitos,
de Montoyas, Lladoses y ¡Estefaníaaaaaa!

Esta España de pollas en vinagre,

de putas de oros, de coños sin farolillos,

de chinchón y ancianos verdosos miraobras,

de aburrido y gastado sillón rojo de escay.

Esta España de látex, de inquebrantables verbenas.

Esta España venérea que va de guay

y luego, si puede, te hace un bombo y “aytekedas”.

Esta España que te insulta por teléfono.

Esta España ña.

Esta España ñi.

Esta España ñu.

Laura M. Munuera,
El primer vuelo

Retumba el sonido de mis tripas dentro de la hura

Papá y mamá hace tiempo que se fueron

Tengo que salir, pero tengo miedo

Tengo que seguir la luz, dijeron

Ella me sabrá guiar

Pero al salir de aquí es muy diferente la realidad

Luces por aquí

Luces por allá

Luces, luces, luces

Vueltas sin parar

Mis alas pesan

No puedo respirar

Nadie me explicó lo cansado que es volar

Sigo una de las luces al azar

Toco el asfalto

Cierro los ojos

Y sueño

Con llegar al mar

Lorena Acosta Iglesias,
El trabajador

Sólo tiene el apellido

a su nombre

arrastra a quinta

la mochila con etiqueta

desde el colegio ya

a pesadas prisas.

Peonza círculo espera

cinco minutos

son veinte.

Cada pliegue en el tiempo

es una tarea más

que gestionar:

cómo están los papás,

traspaso de cuentas,

pedido a domicilio

por no estar en domicilio,

facturas, listas:

pensar en lo saludable

que debemos comer

es ya lo insalubre.

A veces, lecturas furtivas
intensas: tres frases,
un empujón, repites
la última frase,
te quedas con ella.
Deseas que te salve el día.

El sofá sarcófago:
todo el mundo sabe que
comer en el sofá,

mezclar cansancio y alimento
es quicio del día,
el decaer de la muy tarde
clase baja.

Caer un poco más.
Ir al supermercado 21.55h:
volverse a sentir culpable
por existir.

Reproducción de la vida

la gestión más íntima

el verdadero sentido:

lavadoras, tupper,

KH7, vuelta a empezar.

Circuito cerrado.

Ya sabéis la fórmula.

Nada se pierde.

C-T-C'

Casa-Trabajo-Casa'

La pérdida del tiempo

en su más genuino

sentido oblicuo, no

relleno del hueco, sino

como abandono del cuerpo

astillado de trabajo,

un atravesarse

las venas de algo

otro, no saber,

perderse el tren...

Echar de menos
algo que nunca se tuvo
es la mejor prueba
de su necesaria
existencia.

Publicado el 20 de octubre de 2023. *Revista Enpoli. Entre literatura y política.*

Las vacuas esperanzas

Cada mañana vengo para ver
que todo está servido (me saludan,
al entrar, levantando un momento los ojos)
y cada mañana me pregunto,
cada mañana me pregunto cuántos somos
nosotros, y de quién venimos,
y qué precio pagamos por esa confianza.

JAIME GIL DE BIEDMA, *Las grandes esperanzas*.

Al igual que los viejos
persisten en hablarnos
de un mundo hundido
entre sus muelas,

así debemos nosotros
regurgitar nuestras
incomodidades en el
lenguaje de un mundo
que no comprenden.

Esa es la verdadera venganza

de la poesía.

Escapar del sentido
de aquellos que
encierran el futuro
entre sus dientes.

Parapetan la razón
con el peso de la experiencia
y así sientan cátedra,

con la barriga muy llena
del atracón oprimido
y el péndulo de su tiempo
ya casi acabado
nos roza la lengua
con la que quisiéramos
escupir hacia arriba,
desafiando la *ver*

ti

ca-li-dad

y sus órganos,

expulsar ese montón

de mierda, democratizar

los anos para dejar

espacio a los años

venideros, oxigenar

el tiempo sin la esperanza.

Todas esas grandes esperanzas.

Insatisfacciones

Die guten Leute beschäftigen uns
Sie scheinen allein nichts fertigbringen zu können
Alle ihre Lösungen enthalten noch Aufgaben.

BERTOLT BRECHT, *Lied über die guten Leute.*

La buena gente nos preocupa.
Parece que no pueden realizar nada solos,
proponen soluciones que exigen aún tareas.

BERTOLT BRECHT, *Canción sobre la buena gente.*

La certeza —que no

fe—

del centro

permanece

vacío

desenfocado

al interior

borroso

imagen en

movimiento

o bien

traslúcido

punto de fuga

al sol de las cosas,

allá tierra quemada

de los otros.

Nunca un punto

sobre punto,

recogido

centro

de gravedad.

Esa certeza

de insatisfacción

que empuja

el alimento.

La palabra
innecesaria,
cada vez
menos
palabras
ante el empuje,
el progreso,
la vida de los hombres.

El sentido
es ese vacío
que gravita el
centro de la vida
de aquellos hombres.

Tensa en el arco
de la muerte
sus acciones,
repetidas en la
indeterminación
del intento.

Del otro lado

la estasis,

¿quién es digno

de abrir el rollo

y romper sus sellos?

Publicado el 24 de noviembre de 2020. *Revista de Literatura Telescopio*

Manuel de la Rosa Hernández,
Queremos techo

Siempre techo, para vivir

Siempre techo, para morir

Siempre techo, para la vida

Siempre techo, no mercancía

O tenemos techo, o no tenemos,…

Sin techo no hay vida plena

Sin techo el calor se disipa

Sin techo la palabra se ahueca

Sin techo ni el amor anida

O tenmos techo, o no tenemos,…

Bajo cada techo, la vida compartida

Lo llames casa, lo llames piso, techo es

La Ilusión en cada caso, en cada casa

Sueños que se tienen o se pierden

O tenemos techo, o no tenemos,…

Unos sin techo y otros con muchos

Sin razón y sin mérito acaparan

El salario no es pago del sudor

El capital es trabajo acumulado

O tenemos techo, o no tenemos, …

En cueva, chabola o coche, se puede

Vivir en cualquier lado no se debe

Es acabar en presente el futuro.

No hay derecho, no es vida

O tenemos techo, o no tenemos, ...

El techo es un derecho

O para todos o para nadie

Nada bajo el cielo puede

Ni humano ni divino, impedir

O tenemos techo, o no tenemos, …

El techo no es para unos pocos

El techo es sombra de sueños

El techo no debe ser negocio

El techo debe ser alegría colectiva

O tenemos techo, o no tenemos, …

Para tener muchas alegrías

Una vida que ser vivida valga

El techo solo no basta

Paz, pan, techo y libertades

Manuel Pérez Marrero,
La subasta

Se alquilan viviendas en la eterna primavera,

zulos acogedores de 10 metros sin terraza

con vistas al mar,

a más de mil Euros al mes, y la cosa empeora.

El buen tiempo ya es imposible de pagar.

Cuesta más el alquiler que tú salario,

ahora eres un esclavo sin beneficio,

sin derecho a protestar ni al delirio,

a ti solo te quedarán los dolores y la fatiga...

Están llenos de cartones los rincones del olvido.

La humanidad la perdieron

y muy fácilmente les convencieron,

para no pensar en todo lo que perdieron.

nos niegan el derecho a la tranquilidad,

a tener una vivienda digna,

El extranjero ofrece un precio mayor

siempre perderás en esta subasta,

el mayor postor se llevará tu casa,

nadie por ti apostó, nadie por ti dió la cara,

a nadie le importó verte dormir en el fango.

Ahora tienes que recoger tu vida y correr,
sin saber cuándo volver, sin tener dónde volver,
tú pasado embalado en cajas,
esperando a que alguien las venga a recoger.
el costos de la rutina es imposible de pagar.

Encontrarás algún rincón de la calle fracaso.
y consuelo en algún banco desamparado.
Están llenas de inquilinos llorando
las aceras de la parte oscura de la ciudad.
pues la casa donde creciste Ya no es tuya.

Tus hijos solo heredarán
hambre, esclavitud y miedo,
deberán sobrevivir sin casa, sin nada,
en este caos, en esta masificación,
En tu propia tierra serás tú el forastero.

No es el momento de callar y retroceder,
necesitamos un lugar donde crecer
donde descansar, dónde volver,
sin que nos cueste la vida,
Reclamemos el derecho a vivir con dignidad.

La última piedra

Sentado en la última piedra
que queda cerca del mar,
observo las consecuencias
en el paisaje,
con impotencia y rabia .

Este mar ahora sin vida
es la cloaca de la ciudad.
Es nauseabundo el olor del mar...

Sentado en la última piedra que queda,
intento robarle una sonrisa a esta pena
de ver a mi isla así... tan muerta...
en manos impostoras extranjeras.
que en su tiempo prometieron riqueza.

Ya no existen los barrancos
ahora solo queda asfalto cemento y sed,
en este paraíso ya no hay nada que ver.

Sentado en la última y codiciada piedra,
observando la mierda en el horizonte,
las consecuencias de haber perdido el norte,

de agachar la cabeza y no pelear,

solo queda esta piedra y la quieren romper.

Exprimimos la tierra hasta la última gota,

y ya nada queda de ella ahora.

en este colapso que me ahoga.

Es la última piedra y pide auxilio,

para liberarla de la codicia,

de su último suspiro,

Es la última piedra viva y nos necesita,

el último rincón que nos queda para respirar.

En esta piedra lloro sin consuelo...

El suelo donde crecí ahora es un desierto

aquí quedaron enterrados mis sueños.

Sentado, protegiendo la última piedra

de las múltiples amenazas,

aunque ya no queda esperanza,

prometí a la última piedra defenderla

arriesgando la vida si hace falta.

En ese dúplex de cartón

Todo pasó hace mucho tiempo,
ahora todo sucede muy lento,
mezclando el vino con las penas,
con mucho tiempo para pensar,
en ese dúplex de cartón
con vistas al lado oscuro de la ciudad.

Aquí nadie te reclama,
tu silencio grita lo que tus lágrimas callan,
incertidumbre, silencio, hambre
y un sentimiento de culpa imborrable...
Dormirás en la fría soledad de la eterna noche
sin encontrar abrigo en tu dúplex de cartón.

Dónde la esperanza se evapora
con la lentitud de las horas,
y las lágrimas se secan
con la brisa nocturna,
que te acerca a la locura.
sabiendo que ya a nadie le importas.

¡Si... Todo pasó hace mucho tiempo!

y... ya le ven… aquí sigue

caminando confuso por el lado oscuro,

viendo la vida pasar, viviendo sin rumbo.

con el alma reseca que sigue llorando

el recuerdo de los errores del pasado.

Los transeúntes en su prisa prefieren no mirar,

como si no fuese su problema.

pero en el lado oscuro,

siempre tendrán un dúplex de cartón,

que los reciba cuando se desplome su mundo.

cuando su entorno de ellos se haya olvidado.

Tú, triste transeúnte que andas distraído,

no te olvides que en el dúplex de cartón

siempre habrá un sitio para recibirte,

cuando todo tu entorno te olvide,

por qué perdiste, por qué te rendiste,

siempre te quedará el lado oscuro de la ciudad.

Tú triste transeúnte que te muestras indiferente,

nunca olvides que te puede tocar a tí,

y ese a quien hoy re huyes al verle,

que necesita un poco de consuelo,

será quien sin dudarlo te consuele,

cuando tu dúplex sea de cartón.

Ramiro Rosón,
Maricarmen

(“In memoriam” Maricarmen Abascal)

No te moriste sola. Te mataron
los buitres del sistema financiero,
con un desahucio rápido, certero,
como tantos inermes que dejaron

su casa, moribundos, y pisaron
calles hechas de frío traicionero,
decapitados en el matadero
salvaje que los buitres idearon.

Te mató la mortal indiferencia.
Te mató la codicia desatada,
que mercadea con la mala suerte.

Pero tu ejemplo nombra la conciencia.
Pero tu noche es lúcida alborada
para que nadie sea más tu muerte.

Flores de insurrección

Coral hecho de sangre, el corazón
pide revolución.

Sedienta del futuro
que el mercado le niega,
la juventud no ruega
permiso ni perdón;
toma calles y plazas,
invade monumentos
y dispersa a los vientos
flores de insurrección.

Coral hecho de sangre, el corazón
pide revolución.

De nuevo se pretende
que dispare fusiles,
picando sus abriles
en carne de cañón;
pues nada teme Europa
del coste de la vida,
si en guerras dilapida
su macabra inflación.

Coral hecho de sangre, el corazón

pide revolución.

Moliendo calaveras

en Rusia y en Ucrania,

se disfraza la insania

de coraje y tesón;

y, mientras, desalmados,

los turbios mercaderes

recaudan alquileres

y esperan su ocasión.

Coral hecho de sangre, el corazón

pide revolución.

Carbonizado muere

lo que se finge eterno:

se desploma un gobierno

si ataca la razón;

hay gérmenes de luchas

y la raíz del mundo

siente en lo más profundo

su clara agitación.

Coral hecho de sangre, el corazón

pide revolución.

Como tierno seísmo,

brotan las acampadas,

tumultos, asonadas,

con alas de tifón;

Europa se estremece

y América responde

que ni teme ni esconde

su determinación.

Coral hecho de sangre, el corazón

pide revolución.

Que los unidos pueblos,

desertores de yugos,

lancen a sus verdugos

al rojo paredón;

y, cultivando mares,

obtengan de su lecho

naranjas, a despecho

del tenaz aquilón.

Coral hecho de sangre, el corazón

pide revolución.

Raum o el ladrón insumiso[1]

Fulminante y fuliginoso,

con el destello de su córnea azabache,

con sus plumas de turmalina,

con la maestría sulfúrica del cuervo,

Raum alienta

sediciones,

asonadas,

rebeldías,

inesperados giros y cambios

del orden que se sueña permanente.

Solo un trono caído

bajo la fuerza del amor incomprensible,

para quedarse en vela

con la sufriente raza humana

—tribu de mariposas caídas en el fango—,

puede quemarse en el anhelo

de que los amos caigan de sus tronos.

---

[1] Nota del autor: según el célebre grimorio *La clavícula de Salomón*, Raum es un gran conde del infierno que gobierna treinta legiones de espíritus. Se aparece bajo la forma de un cuervo, pero puede adquirir figura humana si el mago se lo solicita. Sus facultades consisten en robar tesoros de las casas de los reyes y transportarlos hasta el lugar que se le ordene; destruir ciudades enteras y despojar a los poderosos de sus cargos y honores; revelar hechos pasados, presentes y futuros, y reconciliar a amigos distanciados y a enemigos. Antes de su expulsión del cielo, Raum pertenecía al orden angélico de los tronos.

Los pálidos grimorios alertan
de que vuela rasante en las noches,
alcahuete de tesoros ocultos;
y retorna de salones y alcobas
hurtando joyas de monarcas
en su afilado pico,
daga de la justicia
para los míseros invocadores.
Insinúa la toma de bastiones reales
y lujosos palacios de invierno,
transfigurando collares de perlas
en risa de los indigentes,
y a su lado los huevos de plata y oro,
los insólitos orbes de esmeraldas,
acaban rotos en el paseo ondulante
de las banderas carmesíes.

Yo lo conozco
y él me canta su oráculo de fuego
con sus ojos de líquidos escorpiones.
Acaricio sus plumas
y noto su graznido
con el atrevimiento sigiloso,

con la asustadiza reserva

de quien se imagina

cómo da saltos mortales en lava,

sobre el jadeante suelo

que de súbito se sacude

como pegaso removido con espuelas.

A veces,

cuando la historia se finge tumba,

se precisan gritos de rabia

para que la fusta se deshile

como la agonizante rosa,

para que los derechos emerjan

como nardos en los tumultos.

A veces,

en la trémula cuna de los tifones,

en el útero salvaje del caos,

crecen algunas plantas

de salvíficas hojas,

el único bálsamo para un cosmos herido.

En el árbol del desarraigo
brotan verdes las ilusiones,
pero no acaban de florecer
en busca de tierras
menos baldías.



Sebastián Martínez Cardona,
Extrañamiento

Negaré haber cruzado esta plaza.
hoy no soy yo quien la transita
mi alma se torna pequeñita
mientras el bullicio me amenaza

Sus palabras son ajenas
como los carteles que me llaman
For sale, coffee, matcha,
en un colorido claman.

Lloré al ver su puerto.
de fondo, el mar se inundaba
de cabezas amarillas
donde antes yo nadaba.

No cabía una caña
ni una red, ni un arpón
ni volaba un canario.

Solo cupe yo en mí

en mi pasado,

frente a un mundo enamorado

de esta tierra que es extraña.

Me sacaron de mi barrio

quienes mi vida adoraban

alquilaron mi barrio

a quienes me fotografiaban.

Teresa Gubern

anoche no pude dormir

colchón rico, ventana abierta, los grillos,

colchón grande solo para mí, almohada, silencio

pero no podía dormir.

porque vengo de cuatro días acampada en la plaza de la feria

y si la primera noche vinieron menores a molestar

repitiendo discursos aprendidos por calvos en micros de tiktok

que mis compañeras con ellos intentaron dialogar, calmar,

¡jugaron al fútbol y todo!

si ellos se fueron y vinieron otros violentos a tirarnos cosas

si asustadas nos despertamos

si es que al menos no es el núcleo nacional a nuestras puertas

si un pibito joven, en su bmw rojo no paró toda la noche de pasar con la música a tope

canciones militares, de la legión, solo, yo me pregunto,

¿por qué no nos puso el “cara al sol”?

si di vueltas y vueltas a la plaza hablando de amores y de política

si en vela pasé las noches, si cuando algo yo dormía

el miedo de que nos arrollaran volvía

si en noches otras me dormí

con el calor y todo bien cerrado pa que no entren cucas

si yo aquí, apoyando a mis compañeras

que no sé qué más puedo hacer

qué valientes todas, las que hablan, las que cocinan, las que limpian, las que están

las que ponen el cuerpo por un futuro mejor

que canarias no se vende ni la gente que la habita.

ahora cómoda en mi cama

me cuesta alguito respirar

miro a las montañas y a la luz reflejada en la bruma

ahora aquí cómoda en casa

no puedo ni dormir.

que tengo miedo y yo quisiera estar ahí en la plaza

que si nos vienen los nazis que me encuentren a mí

que si yo no sé qué más puedo hacer,

que me encuentren a mí,

que yo quiero estar ahí

que me crucen la cara,

que no toquen a mis compañeras

que en grupo gritaremos “aquí están las antifascistas”

y que todo el odio de esa gente desaparezca al vernos juntas

luchando por los derechos de tantas

y , aunque me pese, de ellas mismas.

ellos por dinero, nosotras por amor.

Agradecimientos especiales a nuestros suscriptores en KoFi, nada de esto sería posible sin ustedes. Nos vemos en las calles:

Daila Guerra

Elena Villamandos González

Roger Kaleo Cabrera López

Miguel Ángel Hernández Álvarez